ALGUNAS REFLEXIONES METODOLÓGICAS EN TORNO AL ESTADO ACTUAL DE LA MACROECONOMÍA

FELIPE MORANDE L.

Departamento de Economía, Universidad de Houston
Departamento de Economía, Universidad de Santiago

Abstract:

Is Macroeconomics dying as an autonomous sub-discipline? This paper postulates that Macroeconomics understood as a different method (inherited from Keynes) to explain aggregate phenomena is really the subject under attack. The preoccupation for aggregate problems like the business cycle, unemployment, and inflation is being translated nowadays in models that tend to be more in agreement with mainstream economic theory. This perspective allows a different look at what the relevant theoretical issues are in discussing macroeconomics in developing countries.

Introducción

En los programas de estudio de economía hace cincuenta años no figuraba una sub-disciplina por todos conocida en la actualidad: macroeconomía. Grandes nombres en el avance de la subdisciplina, como Friedman, Samuelson, Tobin y Modigliani, entre otros, se graduaron sin haber jamás tomado formalmente un curso o examen de macroeconomía. Hoy en día, cuando su apogeo de los años cincuenta y sesenta parece completamente acabado, muchos se preguntan: ¿estamos ahora en el umbral de una época donde nuevamente la macroeconomía no estará dentro de las subdisciplinas de la teoría económica?

La respuesta probablemente sea negativa, aunque es claro que la macroeconomía ha dejado de ser esa atractiva subdisciplina autónoma que tanto cautivó a varias generaciones de economistas y hombres públicos. La tendencia más bien es hacia una subordinación creciente respecto de la teoría de los precios. Quizás, para ponerlo en términos más generales, la tendencia es hacia una integración mayor con el cuerpo central de teoría económica, en un intento de explicar los fenómenos económicos agregados desde una perspectiva que tiene como referencia el modelo de equilibrio general de Arrow-Debreu. No se trata de afirmar que la macroeconomía en lo sucesivo se basará, exclusivamente, en el supuesto de equilibrio permanente en los mercados, sino que tenderá a traducirse en modelos matemáticos muy cuidadosos de su consistencia y lógica interna respecto de sus postu-

lados básicos (microeconómicos), y se medirá en términos de su cercanía y lejanía de la construcción de Arrow-Debreu.

El propósito de este trabajo es presentar algunas reflexiones sobre el estado actual de la macroeconomía básicamente desde una perspectiva metodológica. Esta perspectiva permite entender muchas de las discrepancias entre los distintos enfoques macroeconómicos, así como los obstáculos que es necesario superar si se quiere obtener una síntesis teórica.

La primera sección, previa a la discusión metodológica, presenta una breve relación histórica del desarrollo de la macroeconomía durante este siglo, especialmente a partir de la Gran Teoría de Keynes, donde se comienza a perfilar como subdisciplina autónoma.

Las secciones dos y tres concentran la discusión metodológica, desde la polémica básica sobre el uso del método deductivo hasta la implicancia del supuesto de expectativas racionales. La sección cuatro se abre con una discusión sobre los elementos centrales que debieran orientar el estudio de la macroeconomía, tal como se desprende del análisis metodológico de las secciones precedentes. Finalmente, en esta misma sección, se proponen algunos temas de interés para la investigación macroeconómica desde la perspectiva de un país en desarrollo.

I. Relación histórica

La separación de la teoría económica entre microeconomía y macroeconomía es un fenómeno relativamente reciente, que tiene su origen en la Gran Teoría de Keynes. Antes de eso los economistas clásicos planteaban, como es bien sabido, la distinción entre el sector real de la economía, donde eran importantes los precios relativos, la tecnología y la acumulación de recursos, y el sector monetario, donde la ecuación cuantitativa señalaba la proporcionalidad de precios absolutos y dinero. Los estudios sobre el dinero y su administración, quizás, se acercaban más a lo que después se llamaría macroeconomía. Pero no había ninguna preocupación aparente por fenómenos como el desempleo o, en términos más generales, por las fluctuaciones en los niveles de actividad económica. La idea subyacente era que se podía comprender los determinantes principales de los niveles promedio y de las tasas de crecimiento de la actividad económica sin necesariamente entender sus fluctuaciones. Es lo que podríamos llamar una especie de hipótesis de tasa "natural" de desempleo, casi un siglo antes de su formulación moderna.

A principios de este siglo una corriente independiente de economistas comenzó a preocuparse del fenómeno de los ciclos de actividad económica, especialmente de aquellas fluctuaciones en las series que aparentemente no podían ser explicadas por el cuerpo teórico clásico. Wesley Mitchell (1913) fue uno de los pioneros en este sentido, encontrando regularidades notables, aun con herramientas estadísticas y matemáticas rudimentarias, en los movimientos de las series. El mismo Keynes, en un trabajo previo a la Gran Teoría (Treatise on Money (1930)), aparece, según interpretación de Lucas (1980), como un fiel exponente de las teorías prekeynesianas sobre ciclos. El descubrimiento más importante fue, claro, la similitud que mostraban los ciclos entre ellos en épocas de paz, en el sentido que los comovimientos entre variables tendían a repetirse de ciclo en ciclo.

En cierta forma, las investigaciones de Mitchell, y de este autor en conjunto con Arthur Burns en la primera mitad del siglo, dieron pie a varios intentos de explicación más o menos formales al fenómeno de los ciclos. De partida, tanto Burns como Mitchell, aunque sin proponer una teoría explícita, creían que los ciclos de actividad son inherentes al funcionamiento de una economía capitalista, es decir, que son causados endógenamente al interior del sistema capitalista. Este predicamento es compartido por diversos grupos de

economistas, aunque con diferentes visiones de aquellas causas endógenas. Así, los institucionalistas, originalmente asociados a Veblen, plantean que los ciclos ocurren al no cumplirse la ley de Say debido a tres características institucionales del capitalismo: (1) los bienes se intercambian en el mercado (especialización de la producción); (2) el intercambio es realizado en dinero o crédito en lugar de trueque, y (3) se produce para obtener beneficios (utilidades) en lugar de hacerse para un individuo o comunidad determinados¹. Schumpeter es otro que estudió los ciclos, aunque sus indagaciones concierne más bien a fluctuaciones de largo plazo². Por su parte, los marxistas también se han interesado por el problema de las crisis, especialmente por su fase contractiva. Su explicación es corrientemente de tipo kaldoriana (los capitalistas ahorran una proporción mayor de su ingreso que los trabajadores), de manera que los ciclos estarían básicamente relacionados a cambios en la distribución del ingreso³.

La Gran Depresión restó sustancialmente interés al fenómeno de las fluctuaciones en la actividad económica, en vista de tan prolongada y profunda recesión. Al contrario, abrió el camino a Keynes, quien venía elaborando su Gran Teoría hacia ya un tiempo sobre la base de la experiencia inglesa de los años veinte. Especialmente la Gran Teoría plantea un cambio de énfasis, de un interés por explicar un patrón particular repetitivo en las series temporales de empleo y actividad, a un interés por explicar cómo se determinan los niveles de producto y empleo en un momento determinado en el tiempo. En un sentido, Keynes tomaba esta preocupación por los "equilibrios" estáticos directamente de los clásicos del siglo diecinueve, aunque claramente su definición de equilibrio era distinta, así como los supuestos sobre los que se elaboraba su teoría.

A pesar de lo bien que parecerían ajustarse las teorías keynesianas a la realidad de la Gran Depresión, muchos economistas de la época se sentían un tanto incómodos con lo mucho que se apartaban tales teorías del cuerpo central de teoría económica, en aquel entonces una simbiosis entre Marshall y Walras⁴. Es así como en las siguientes tres décadas se realizaron ingenuos esfuerzos intelectuales para reconciliar ambas vertientes. Como resultado, hacia fines de los años cincuenta terminaba por desarrollarse lo que se ha dado en llamar la Síntesis Neoclásica, construcción ecléctica que permitía acomodar a fiscalistas y monetaristas, keynesianos y clásicos, como casos especiales. La mencionada Síntesis se construye de la siguiente forma: se distinguen básicamente tres mercados a nivel agregado: de bienes (de consumo y de inversión) y de activos (dinero y bonos) en el lado de la demanda agregada, y del trabajo, en el lado de la oferta agregada. Cada uno de ellos se estudia en forma independiente, a partir de fundamentos microeconómicos. Se extraen un par de relaciones de comportamiento que parecen importantes y se tiene ya lo que en inglés se llama un "building block". Por ejemplo, los trabajos de Tobin (1958), Baumol (1952) y Friedman (1956) sobre la demanda por dinero tuvieron el propósito de "razionalizar" la ecuación estándar de equilibrio de portafolio, uno de los building blocks de los modelos macro de la Síntesis Neoclásica. Otro tanto se puede decir de los estudios sobre la función consumo (Ando y Modigliani (1963), Friedman (1957), Duesenberry (1952), etc.), o sobre la demanda por inversión (véase por ejemplo Jorgenson (1971)). La combinación de esos building blocks con algunas identidades contables agregadas finalmente conforma lo que llamamos un modelo macro.

La Síntesis Neoclásica tuvo su época de oro, especialmente en EE. UU., en la década de los sesenta. Barro (1984) recuerda que en su primera clase como estudiante graduado en Harvard en 1966, el profesor de macroeconomía anunció que el ciclo económico estaba muerto, gracias, naturalmente, a la habilidad de los economistas para aconsejar las políticas apropiadas para mantener a la economía permanentemente en pleno empleo. Por su parte, en el mismo tenor, Walter Heller, asesor económico de los presidentes Kennedy y John-

son, postulaba que, como ya estaba prácticamente solucionado el problema del control de las fluctuaciones económicas, podía entonces darse más énfasis a otros problemas, como, por ejemplo, el de la calidad de vida y la masificación del bienestar⁶ (la *Great Society* de Johnson).

Dos desarrollos paralelos sirvieron al auge de la Síntesis Neoclásica. En primer lugar, el rápido progreso experimentado en econometría; los modelos econométricos, como bien se sabe, tratan de describir una economía como un sistema de ecuaciones sujetas a disturbios estocásticos y cuyos parámetros puedan estimarse a partir de series temporales verdaderas. La Síntesis Neoclásica provee, entonces, el sistema de ecuaciones y las técnicas econométricas le dan contenido empírico a tales ecuaciones. Lucas (1980) atribuye un segundo desarrollo paralelo a Samuelson, quien en sus *Fundamentos* (1947) expone los ingredientes principales de una teoría explícita del equilibrio general estático. Pero lo más atrayente de este trabajo de Samuelson para la Síntesis era su proposición de un modelo dinámico de ajuste de precios, en que las tasas de cambio en los precios en cada mercado difieren de las tasas de demanda respectivas. En palabras de Lucas (1980): "Esta se relacionan a los excesos de demanda respectivos. En palabras de Lucas (1980): "Esta introducción de parámetros libres adicionales... [se refiere a los ajustes de precio ad hoc]... contenía la promesa de que uno podría construir un sistema teórico cuyo punto estacionario fuera un equilibrio general en un sentido neoclásico, pero cuyos movimientos fuera del equilibrio replicaran el comportamiento keynesiano que capturaban los modelos econométricos". Puesto de otro modo, la curva de Phillips para explicar la inflación y el desempleo en el corto plazo, y una curva de oferta agregada vertical para explicar el largo plazo.

El test decisivo para la Síntesis Neoclásica vino en la década de los setenta. Se vio entonces su incapacidad para explicar la persistencia de la inflación y su coexistencia con altas tasas de desempleo, justamente lo contrario a la ley de ajuste de precios y cantidades ante excesos de demanda.

En los últimos años, como reacción al fracaso de la Síntesis Neoclásica, se han desarrollado dos líneas principales de análisis macroeconómico, que tienden también a asociarse a la vieja polémica ideológica entre intervención o no intervención por parte del gobierno en la regulación de los niveles de actividad económica. Una de ellas se conoce como la nueva teoría keynesiana. La otra es la nueva teoría clásica. Dentro de la primera, hay quienes están por desarrollar modelos macro a partir explícitamente de las decisiones optimizadoras de firmas y consumidores-dueños de recursos, pero con mecanismos no walrasianos de ajuste de precios (y cantidades); esto último lleva a que las decisiones de los agentes tengan que considerar restricciones adicionales a las presupuestarias o tecnológicas; de ahí la distinción entre demandas y ofertas efectivas y nocionales⁷. También esta nueva corriente keynesiana incluye el interés en estudiar el porqué de esos mecanismos aparentemente no walrasianos de ajuste de precios, que son por lo demás los que le dan cierto dinamismo a sus modelos. Toda la literatura sobre contratos de largo plazo y también sobre contratos implícitos tiene aquí una mención especial⁸. Estos elementos permiten también la construcción de modelos macro en el estilo de la Síntesis Neoclásica pero con mejorados fundamentos microeconómicos en sus *building blocks*. En este sentido, la incorporación del supuesto de expectativas racionales, previo reconocimiento de la necesidad de incluir expectativas (de inflación especialmente) luego del planteamiento de la curva de Phillips como un problema de precios relativos en lugar de precios absolutos⁹, es hoy algo ya característico. De hecho, actualmente la alternativa expectativas racionales vs expectativas no racionales no es lo que separa a los nuevos economistas keynesianos de los nuevos clásicos, como podrá pensarse. En efecto, los nuevos keynesianos han sido capaces de incorporar expectativas racionales y aún producir conclusiones

de política de tipo activista. Tan sólo necesitan seguir suponiendo cierta rigidez de precios y que los agentes lo acepten racionalmente¹⁰.

Los nuevos economistas clásicos, por su parte, han desarrollado modelos que reconcilian la no neutralidad (aunque temporal) de políticas macroeconómicas con los postulados clásicos de agentes optimizadores y, sobre todo, de equilibrio en los mercados. Para ello han relajado el supuesto de perfecta información, implícito en los escritos clásicos. Se trata de suponer, en cambio, que cada agente tiene información limitada (conoce algunos precios mejor que otros), lo que lo lleva a cometer errores al estimar los precios relativos pertinentes a sus decisiones. A nivel agregado, el error se comete en términos del precio relativo nivel de precios efectivo/nivel de precios esperado, lo que lleva a reacciones de la oferta agregada ante cambios inesperados en la demanda agregada¹¹. El supuesto de expectativas racionales es natural en este contexto. El sólo se limita a extender el principio racional de optimización a la dimensión de las expectativas. La conclusión de que la no neutralidad de las políticas es solo temporal es, también, resultado de que los ajustes de información que racionalmente usan los agentes para formar sus expectativas se ajustan en la medida de que la gente es sorprendida por la acción del gobierno.

Hay también otras escuelas alternativas actualmente vigentes que, sin embargo, se alejan del que tradicionalmente ha sido el tronco central de la ciencia económica¹². Una de ellas es la postkeynesiana, asociada a los nombres de Joan Robinson, Paul Davidson y Sidney Weintraub, quienes tratan de interpretar "correctamente" a Keynes¹³ y analizar desde esa perspectiva los fenómenos macroeconómicos. Más que nada, destacan el rol jugado por la incertidumbre, especialmente en torno a la inversión, en los escritos de Keynes, como una de las fuentes principales del ciclo económico. Minsky (1977), por ejemplo, desarrolla una hipótesis de inestabilidad financiera, donde se enfatiza el papel de especuladores.

En la discusión metodológica que sigue, tanto esta corriente postkeynesiana como otras de corte más institucionalista o estructuralista no tienen una mención especial. Su gran desapego a los métodos convencionales las ubica en una posición más autónoma aún que las líneas keynesianas u otras reflejadas en la Síntesis Neoclásica, de manera de que lo que se diga de estas últimas es aplicable a aquellas.

II. ¿Discrepancias de fondo?

Al revisar las diferentes posiciones en macroeconomía, uno se ve tentado de remontar las discrepancias a la vieja discusión sobre metodología en teoría económica en general. En relación a esto, podríamos plantear que hay dos instancias de fondo, casi ideológicas, sobre las que los economistas tendemos, a veces inadvertidamente, a discrepar. La primera es una toma de posiciones más o menos categóricas respecto del uso del método deductivo, aquel de extraer conclusiones lógicas y consistentes a partir de ciertos axiomas básicos. La segunda es el grado de aceptación de uno de esos axiomas básicos que parece estar al centro de toda la polémica: la racionalidad individual.

La aplicación del método deductivo al análisis económico se encuentra ya en los trabajos de los economistas clásicos, como Adam Smith y David Ricardo. Fue quizás dicha aplicación la que dio origen a una ciencia social independiente que se llamó Economía Política. Como gran parte de los fenómenos sociales asociados al problema económico son cuantificables, la tentación de formalizar el método deductivo a través del uso de las matemáticas aparece como irresistible. Hoy por hoy no hay casi controversia entre los economistas respecto al uso del método deductivo, aunque naturalmente también se realiza in-

ducción a partir de fenómenos concretos que se observan en la realidad¹⁴. La discusión, en cambio, se centra en la naturaleza de los axiomas básicos sobre los que se derivan las conclusiones lógicas y en el grado de consistencia interna que presentan las proposiciones de un enfoque determinado respecto de sus postulados básicos. Para algunos, el ingrediente primordial de los axiomas básicos es realismo. El argumento es: queremos derivar en forma lógica conclusiones que estén basadas fundamentalmente en lo que se observa cotidianamente en la realidad. Dentro de los supuestos más vapuleados por su falta de realismo están el de que todos los precios son perfectamente flexibles, de manera que siempre hay equilibrio en los mercados, y el de competencia perfecta. Después de todo, ¿no es increíble la historia del rematador walrasiano? Para otros, en cambio, el realismo no es ingrediente indispensable en los axiomas básicos sino más bien debe reflejarse en la posición con que las conclusiones derivadas de los supuestos básicos representan la realidad¹⁵. Este grupo no ve con preocupación el supuesto de completa flexibilidad de precios en tanto las alternativas a dicho supuesto siempre aparecen al menos tan arbitrarias como la idea del rematador walrasiano.

La creciente aplicación de técnicas matemáticas cada vez más sofisticadas ha tenido, entre otros, dos resultados interesantes. El primero es esa aureola de cientificidad que rodea a la economía, a veces exagerada por algunos al llamar a ésta la 'reina' de las ciencias sociales. El segundo, en otro orden de cosas, es que la construcción de un modelo matemático permite una sencilla evaluación de la consistencia lógica de las conclusiones respecto de los axiomas básicos que las sustentan. Como consecuencia de esto se ha podido detectar que, por ejemplo, los modelos macroeconómicos de corte keynesiano muestran cierta incongruencia entre sus conclusiones y los supuestos implícitos respecto al comportamiento económico de los individuos y de la sociedad, como se comentará en detalle posteriormente.

El supuesto de racionalidad individual ha sido normalmente asociado a la idea de egoísmo económico, o la búsqueda del puro interés personal. Es esta búsqueda la que le varía a la sociedad como un todo a alcanzar una situación óptima en términos paretianos (teoremas fundamentales de la teoría del bienestar). La racionalidad económica supone una actitud humana bien determinada que rara vez se pone en cuestionamiento en teoría económica. Sirve como la gran base donde se construye luego la mayor parte de los modelos económicos, como, por ejemplo, el más estudiado y desarrollado de todos, el de Arrow-Debreu. Hay quienes, sin embargo, están por cuestionar su validez universal¹⁶. Se preguntan, por ejemplo, ¿hay circunstancias en que la cooperación es más eficiente que la búsqueda del interés personal? Sin duda que este es un punto legítimo y así lo confirman los desarrollos modernos de la teoría de juegos¹⁷. No contradijo, no obstante, la idea general de que todo problema económico se puede poner en términos de agentes tratando de optimizar una función objetivo sujeto a restricciones, sino que sólo plantea que en ocasiones la función objetivo puede incluir argumentos usualmente no considerados. En otras palabras, la definición de interés personal puede ser lo suficientemente amplia como para incluir aspectos que van más allá del puro consumo de bienes que pasan por alguna mercancía. Los economistas, en general, tienden a evitar dichos aspectos por razones prácticas: son difíciles de cuantificar.¹⁸

III. El problema metodológico en macroeconomía

El problema metodológico cobra matices mucho más agudos al estudiar macroeconomía, y por una razón bien sencilla: desde sus inicios como subdisciplina autónoma, el pro-

pósito de muchos ha sido formular los problemas económicos agregados desde una perspectiva metodológica distinta. Tal propósito, como hemos sugerido con anterioridad, es una de las fuentes principales de las discrepancias entre las distintas escuelas. Hoy en día, cuando la tendencia va en sentido contrario y se trata de incorporar la macroeconomía a la tradición metodológica de todas las demás subdisciplinas, es interesante clarificar algunos puntos álgidos sobre metodología macroeconómica en el camino hacia una nueva síntesis.

III. 1. Consistencia y realismo

En la relación histórica se hizo mención al gran esfuerzo realizado con posterioridad a la revolución keynesiana, para darle mayor contenido microeconómico a las interpretaciones de la Gran Teoría y acercarlas así a la tradición neoclásica. De ese esfuerzo nació la Síntesis Neoclásica y también toda una forma metodológica de modelar la macroeconomía. En efecto, tal forma metodológica consiste en parcelar arbitrariamente la economía en tres o cuatro macromercados que se estudian independientemente en términos de sus fundamentos microeconómicos. Dicho estudio permite la supuesta racionalización de una o dos ecuaciones de comportamiento por macromercado, que se utilizan como 'bloques', luego, junto a identidades contables, en la construcción del modelo macroeconómico general¹⁹. Visto a la inversa, lo que se hace es "teorización implícita"²⁰, es decir, cada una de las ecuaciones de comportamiento del modelo macro se justifican en razón de un modelo micro subyacente. Este método presenta claramente un problema de consistencia interna, pues sólo se considera la secuencia lógica "modelo subyacente implica ecuación de comportamiento en modelo macro" y no la secuencia inversa. Así, es probable que el modelo subyacente tenga otras implicaciones que contradigan las implicaciones generales del modelo macroeconómico. Para subsanar este problema, habría que demostrar que el modelo subyacente es equivalente a la(s) ecuación(es) de comportamiento correspondiente(s), o lo que podría ser lo mismo, utilizar el modelo subyacente como parte del modelo macroeconómico. Kareken y Wallace (1980) proveen dos ejemplos de inconsistencia potencial en el caso del modelamiento del mercado de activos en los modelos macro. Como es bien sabido, la especificación estándar en la literatura macroeconómica establece que las cantidades de activos deseadas dependen, como funciones fijas, de la riqueza, los precios de activos (o sus tasas de retornos) y del ingreso corriente y rezagado. Si uno quiere racionalizar esta especificación con un modelo de diversificación de portafolio a la Tobin (1958), encuentra que si bien este modelo predice la relación entre cantidades de activos y retornos medios, también predice que tal dependencia se determina de acuerdo a la distribución de retornos. Pero nada garantiza que la distribución de retornos que implica un modelo macro en particular será la misma distribución de retornos implícita en las funciones fijas de demanda de activos. Es claro que este reparo puede fácilmente transformarse en la crítica de Lucas al uso de los modelos econométricos en el diseño de políticas. De hecho, es bien probable que las funciones fijas de demandas de activos sean apropiadas para un régimen de políticas particular, aquel que implica exactamente la distribución de retornos implícita en aquellas funciones fijas. Pero si el régimen no es ése o se cambia, se obtiene entonces la contradicción y la consecuente inutilidad de las predicciones del modelo macro²¹.

El segundo ejemplo de inconsistencia apunta que tampoco se puede racionalizar la especificación estándar de demandas de activos en base a los modelos de inventarios (a la Baumol (1952)), sin caer en inconsistencias. Ello debido a que, en estos modelos, "... el total de recursos que se usan en transacciones cambia con una alteración en las propor-

nes en que la gente mantiene dinero y otros activos. Sin embargo, una implicación de los modelos macroeconómicos es que el total de recursos gastados en transacciones es constante²². De hecho, normalmente no se plantea relación alguna entre la función de producción agregada y los recursos que deben desviarse a transacciones.

Es conveniente destacar que el problema general de inconsistencia está presente en la mayoría de los modelos macroeconómicos tradicionales, tanto de corte keynesiano como de corte monetarista²³. No es, por tanto, esta argumentación necesariamente una crítica a una determinada escuela (dentro de la Síntesis Neoclásica), sino, como se dijo, más bien a una metodología popularizada por Keynes y sus seguidores. No obstante, como se verá en las siguientes subsecciones, el desarrollo de la metodología alternativa (lo que podría llamarse teorización explícita) no escapa a la antigua polémica activismo vs no activismo.

Es posible sostener que han sido las limitaciones técnicas, especialmente de la aplicación de las matemáticas a la economía, las que han forzado a la macro tradicional a restringir el uso de los fundamentos microeconómicos al estudio de demandas y ofertas sectoriales, en lugar de plantear un análisis más cerca de un equilibrio (¿o desequilibrio?) general. Pero sin duda que el grado en que esas limitaciones técnicas son o no restrictivas tiene mucho que ver también con la antigua disputa acerca del realismo en la teoría económica. Así, mientras más realistas quieren hacerse los supuestos, más compleja ha de ser una formulación general que se inicie a partir de los procesos de optimización que persiguen los agentes económicos, y más tentadora aparece la alternativa de iniciar la construcción del modelo a partir de una implicancia intuitiva del supuesto "realista". Por ejemplo, es mucho más realista suponer que el recurso trabajo es sumamente heterogéneo y que en sus(s) mercado(s) hay un sinnúmero de factores que lo hacen distinto al mercado de las manzanas (costos de información, costos de ajuste, relaciones laborales, deseo de estabilidad de empleo, etc). Pero es claro que considerar todos o casi todos estos elementos en la construcción de un modelo que sea capaz de responder preguntas como qué produce el ciclo de actividad, o si es conveniente seguir políticas macroeconómicas activas, o quizás cuál es el efecto de una rebaja de impuestos, es una tarea difícil. Mucho más sencillo es postular que todos aquellos elementos propios del mercado laboral implican o justifican la existencia de contratos que impiden el ajuste instantáneo y "equilibrador" de los salarios, y construir, entonces, el modelo macro a partir de la rigidez de salarios.

Pero el realismo no debe reflejarse necesariamente en los supuestos. Como se argumentara con anterioridad, tal vez más importante sea que el realismo se refleje en la precisión con que las conclusiones derivadas de los supuestos básicos (que puedan ser muy irreales) representen la realidad. Es claro, eso sí, que ambas posiciones en relación al realismo tienden a coincidir en ciertos casos. Un buen ejemplo, al respecto, es el supuesto clásico de perfecta información, patentemente irreal, pero que además lleva a conclusiones poco aplicables a la realidad, como la absoluta neutralidad del dinero.

La motivación que nace de casos como el anterior, junto al avance en el bagaje técnico-analítico con que cuentan los economistas actuales, ha permitido en los últimos años la paulatina incorporación de supuestos más realistas en la modelística macroeconómica basada en el principio de la rigurosidad y consistencia lógicas respecto de agentes económicos optimizadores. Volviendo al ejemplo del supuesto de perfecta información, su relajamiento y la consecuente incorporación explícita de la incertidumbre, hacen hoy posible presentar explicaciones razonables de las fluctuaciones económicas y aún de la posible neutralidad del dinero, sin abandonar los postulados básicos de racionalidad individual a ningún nivel.

III. 2. Equilibrio, desequilibrio, competencia y fricciones

El consenso de la Síntesis Neoclásica era: en el largo plazo, prevalece un equilibrio de tipo clásico, en el sentido que la macroeconomía opera como si todos sus mercados estuvieran en situación de oferta igual demanda; pero los movimientos en el corto plazo fuera de ese equilibrio clásico, reflejan una situación de desequilibrio en algún mercado. Pero ¿qué impide en ese mercado que la oferta no iguale a la demanda?, ¿qué hace que los precios no sean el mecanismo de racionamiento natural, sino que haya racionamiento de cantidades?

Una línea de desarrollo teórico en la tradición nekeynesiana trata de responder a la primera de las preguntas de la siguiente forma: partiendo con un set de precios arbitrarios, se supone que los agentes óptimamente escogen ciertas cantidades tomando como dados esos precios y también considerando que ellos, los agentes, pueden estar racionados. Las cantidades resultantes (demandas efectivas) ponen en movimiento algún mecanismo ad hoc de ajuste de precios, que hará que el proceso se repita varias veces hasta un punto estacionario que puede (o no puede) ser equivalente a un equilibrio general²⁴.

La respuesta a la segunda pregunta ha sido mucho más escurridiza y compleja. Para aquellos que participan del enfoque de desequilibrio, este es un problema vital, pues una respuesta microeconómicamente fundada que más o menos reproduzca el esquema ad hoc de ajuste de precios que plantean convalidaría muchas de sus conclusiones.

Para tener una perspectiva apropiada acerca del problema, parece pertinente pensar que el esquema de racionamiento por cantidad es uno de los tantos fenómenos, como el dinero, los bienes públicos y en general la ausencia de mercados completos, que el modelo de Arrow-Debreu no puede explicar. Habría entonces que, de alguna forma, modificar ese modelo para acomodar el fenómeno de racionamiento por cantidad.

Los economistas teóricos modernos plantean dos categorías en el modelo de Arrow-Debreu: el entorno físico y el esquema competitivo²⁵. El entorno físico comprende las preferencias de los agentes, la tecnología y el monto de recursos. Se determina con esos elementos un conjunto de asignaciones factibles y un subconjunto de ellas que son Pareto-óptimas. Por su parte, el esquema competitivo implica precios tomados paramétricamente por los agentes, una descripción de la propiedad de los recursos y el supuesto de equilibrio de mercado. Finalmente, los teoremas fundamentales del bienestar establecen una relación entre las asignaciones del equilibrio competitivo y las asignaciones Pareto-óptimas del entorno físico.

¿Cómo buscamos, entonces, la explicación del racionamiento por cantidades a través de una modificación del entorno físico o a través de una suplantación del esquema competitivo? Los que participan de modelos de desequilibrio probablemente responderán que lo que se requiere es un cambio en uno o más de los elementos que caracterizan al esquema competitivo (el equilibrio de mercado y el supuesto de agentes tomadores de precios son dos candidatos favoritos). Pero aquí es justamente donde se enfrentan al problema de cuáles son los supuestos alternativos adecuados. Como dijimos antes, normalmente se termina adoptando una regla ad hoc de ajuste de precios²⁶. Lo insatisfactorio de este procedimiento nos lleva a sospechar de que fenómenos como el racionamiento por cantidades no pueden ser modelados adecuadamente si no se abandona el entorno físico del modelo de Arrow-Debreu. Se trata, en el fondo, de considerar el racionamiento por cantidades como el resultado de una fricción al funcionamiento de los mercados, al igual que los bienes públicos, el dinero, las externalidades y otras ausencias de mercados completos. La pregunta pasa entonces a ser: ¿qué fricción es esa que le asigna un rol en la asignación de recursos al racionamiento por cantidades? El candidato más claro parece ser la ausencia

de información gratis y perfecta. Es justamente esta fricción la que motiva todo el esfuerzo intelectual detrás de los estudios sobre contratos laborales, explícitos e implícitos, sobre búsqueda de empleo y sobre algunas formas de segmentación de mercados.

Aun cuando podría lograrse un consenso en torno a la posición metodológica expuesta en el párrafo anterior²⁷, es difícil que las conclusiones que se deriven de ella sean las mismas, independientemente de la posición activista o no activista de quien realiza el estudio. En el lado keynesiano-activista, por ejemplo, el modelo de "etiquetas" de Okun, "... enfatiza que a los agentes les preocupa una optimización intertemporal, y que los acuerdos entre firmas y trabajadores, y firmas y consumidores, deben entenderse en el contexto de relaciones de largo plazo en un mundo donde la información es costosa de obtener, de manera que el 'vítrineo' envuelve costos de transacción importantes"²⁸. Pero a pesar de este reconocimiento explícito a la necesidad de abandonar el supuesto de información completa y sin costo (parte del entorno de Arrow-Debreu), aún se plantea qué firmas, trabajadores y consumidores, aunque operen bajo contratos implícitos y arreglos de tipo "mercado de clientes"²⁹, estarían mejor si no ocurrirían shocks macroeconómicos o si éstos fueran atenuados por los encargados de diseñar políticas macroeconómicas. Como dice Perry (1984), "... firmas y trabajadores hacen lo posible para capear olas. Pero sin duda que preferirían mares más tranquilos"³⁰.

Sin embargo, aun si aceptáramos que el resultado de contratos implícitos y arreglos de este tipo en un gran número de mercados no es eficiente en algún sentido (Paretiano, por ejemplo), nadie ha demostrado en forma convincente que esa ineficiencia puede ser corregida por políticas macroeconómicas activistas. En efecto, en varios intentos de demostrar esa relación se supone que la duración de los contratos es un dato (al menos en el corto plazo); pero esto no es más que un supuesto arbitrario, un parámetro libre tan ad hoc como el de ajuste de precios en una curva de Phillips. Si, al contrario, la duración de los contratos se tomara como el resultado de decisiones optimizadoras, entonces estaría mos tratando con un modelo de equilibrio, aunque definido en un juego distinto, de donde es muy difícil derivar como beneficiosas a las políticas anticíclicas. Quizás, en cambio, se requiere de otro tipo de intervención dirigido, por ejemplo, a atacar directamente la causa de la fricción subyacente en el fenómeno de racionamiento por cantidades.

Es muy probable que la polémica llegue finalmente al terreno de los conjuntos de información que manejan los diversos agentes, especialmente la autoridad *vis-à-vis* el sector privado. Los activistas argumentarán que los agentes individuales no son capaces de cambiar precios, motivados por la maximización de sus objetivos, en orden a asegurar el pleno empleo, en forma equivalente a como lo harían si pudieran actuar concertadamente. Ello se debería a la ausencia de información completa y gratis, que haría que el juego no cooperativo implícito en el esquema competitivo no logre una situación Pareto-óptima. En efecto, habría una situación Pareto-superior que se generaría con la política activista de la autoridad, quien tiene más y mejor información en relación a los shocks macroeconómicos. En otras palabras, la autoridad podría tomar el papel que el rematador walrasiano no puede cumplir, desorientado por la ausencia de información perfecta. Pero, ¿cuán efectivo es que la autoridad tiene más y mejor información de modo que puede anticipar más acertadamente los shocks por venir? ¿Tiene realmente la autoridad la capacidad, por ejemplo, de distinguir shocks nominales de shocks reales (o permanentes de transitorios) y contrarrestarlos en forma apropiada y a una velocidad superior a la que el sector privado puede reaccionar a esos shocks? La respuesta no es del todo clara.

Quiénes están en el campo del no activismo argumentarán que no existen diferencias significativas en los conjuntos de información de autoridad y otros agentes (en términos de shocks no generados por la autoridad misma). Habrá agentes especializados en la reco-

lección y procesamiento de la información, motivados por el lucro, que tenderán a ampliar cualquier diferencia. Plantear, en cambio, que hay dos problemas distintos. Uno, el de explicar (y ojalá aminorar) la fricción que produce el racionamiento por cantidades; se está dispuesto a conceder la necesidad de modelos que destinen un menor rol asignativo a los mercados que el modelo de Arrow-Debreu, indicando de paso que mercados existen y cuáles no existen. También se está de acuerdo en que la fricción que preocupa tiene que estar relacionada a la ausencia de información gratis y completa. Pero claramente se discrepa en cuanto al tipo de intervención gubernamental requerida para aminorar la fricción. Los no activistas no ven que políticas macroeconómicas contractólicas tengan algún efecto sobre la fricción; ¿cómo podría tenerlo si la autoridad no tiene ventajas de información sobre el sector privado. Y es justamente información lo que está al centro del fenómeno de racionamiento por cantidad!

Alternativamente, esta corriente plantea que el problema macroeconómico (y este es el segundo problema) tiene que ver con las fluctuaciones del racionamiento por cantidades (el largo de las "colas") en el tiempo y la relación entre tales fluctuaciones y variables agregadas como el déficit fiscal, la cantidad de dinero y el nivel de precios³¹. Wallace (1980) lo pone así: "Un modelo de 'colas' *per se* no necesita explicar ... (a) ... variación cíclica... (de las colas)... Pero una combinación de los elementos que generan las 'colas' *per se* y de los elementos de restricción informativa en Lucas (1977) podrá explicar las variaciones cíclicas en el largo de las colas".

Los elementos que Wallace atribuye a Lucas son los que básicamente conforman la nueva teoría clásica, que fue suctamente reseñada en la relación histórica precedente. Una de las características principales de los nuevos modelos clásicos es que todos los mercados se equilibran, lo que resulta del hecho de que los precios y cantidades que se observan son consecuencia de decisiones que toman agentes económicos individuales. Pero tal como lo expresan Lucas y Sargent (1981), "... que los mercados están equilibrados es simplemente un principio, imposible de verificar a través de la observación directa... Otros principios alternativos, como el que postula la existencia de un rematador que induce rigidez de salarios y desequilibrios de mercado, son igualmente 'irrealistas', en el sentido (no muy importante) de que no ofrecen una buena descripción de las instituciones existentes en el mercado laboral". Tampoco parece muy realista la existencia de contratos de largo plazo cuya duración es dada e invariable ante cambios en políticas o shocks.

El concepto de "equilibrio" involucrado en la nueva teoría clásica dista mucho de ser equivalente al equilibrio tal como se lo concibe en los modelos estáticos, a la Samuelson (1947). Este último normalmente se asocia a un sistema en descanso, concepto que ha sido tomado de la física. Los mismos equilibrios keynesianos también corresponden a esta acepción, aunque no involucran que la oferta igualara a la demanda en todos los mercados. En cambio, en los nuevos modelos clásicos, la acepción es mucho más dinámica, tanto que una economía caracterizada por un proceso estocástico multivariado puede decirse que está en equilibrio, en tanto la oferta iguala a la demanda en todos los mercados y los agentes económicos persigan su interés individual. La dinámica en este concepto de equilibrio no se deriva de reglas de ajuste ad hoc en algún precio o cantidad, sino más bien de la naturaleza estocástica que se le reconoce a la economía; es decir, las fluctuaciones en los agregados económicos se deben a shocks que los agentes no son capaces de anticipar.

III. 3. Expectativas racionales

Un agente económico se dice que tiene expectativas racionales de una variable cuando su expectativa subjetiva coincide con la expectativa matemática condicional de esa variable, dada la información disponible.

El conjunto de información disponible no es, sin duda, ni estático ni necesariamente el mismo para todos los agentes. Siendo la información un bien escaso y, por tanto, costoso, un individuo va a "adquirir" tanta información como indique la importancia de la variable sobre la cual formula la expectativa.

Esta idea de racionalidad en la formación de expectativas, una vez que se la mira más en detalle, parece obvia, un componente natural de los procesos de optimización sujetos a restricciones que guían las conductas de los agentes económicos racionales. De ahí entonces que, a primera vista, cuesta creer que toda una "revolución" en economía fue desencadenada por este concepto. Tal extrañeza desaparece, no obstante, cuando se piensa en la aplicación de expectativas racionales a modelos macroeconómicos y el ple forzado que significa su reconciliación con la metodología de la Síntesis Neoclásica; pero sobre todo la controversia se aprecia cuando se ven sus consecuencias sobre los efectos de políticas macroeconómicas.

La primera reacción de los economistas partidarios de la Síntesis Neoclásica ante esta "innovación" fue de gran escepticismo, en vista de que fue primero propuesta en forma tal que llevaba a concluir la completa neutralidad de las políticas macroeconómicas.³³ Tal desconfianza existía a pesar de que a esas alturas ya era claro que las expectativas, especialmente de inflación, jugaban un papel importante en cualquier explicación razonable del ciclo de actividad económica. En otras palabras, se aceptaba ya que la inestabilidad de la curva de Phillips se debía a cambios en expectativas, pero no se estaba dispuesto a aceptar que esa curva era completamente inútil para señalar las opciones de política. Pero, como dice Barro (1984), "... Uno de los rasgos más inteligentes de la revolución de expectativas racionales fue la apropiación del término 'racional'. De esta forma, los opositores a este enfoque fueron forzados a colocarse en la posición defensiva de, o bien, ser irracionales o de modular a otros como irracionales, ninguna de las cuales son posiciones muy confortables para la mayoría de los economistas". De manera que, de una forma u otra, el concepto fue permeando gradual pero rápidamente dentro de la profesión y actualmente es ampliamente aceptado.

La tradición macroeconómica keynesiana incorporó la idea de expectativas racionales enfatizando que el conjunto de información utilizado en la generación de expectativas (de inflación, principalmente) está compuesto básicamente por el modelo macroeconómico que interpreta la teoría en cuestión. Este modelo teórico, claro, es uno con precios inflexibles y probablemente cantidades racionales. De esta manera, aunque se sacrificaba la efectividad de las políticas macroeconómicas en el largo plazo, se retiene su no neutralidad en períodos menores. En varios de estos nuevos modelos keynesianos, además, los efectos de políticas activistas pueden ser consistentemente beneficiosos si a) los contratos que justifican la inflexibilidad de salarios y precios tienen una duración (exógena posiblemente) superior a la frecuencia con que la economía es afectada por shocks y/o, b) si la autoridad cuenta con más y mejor información respecto de los shocks por venir. Ninguna de estas dos condiciones es probable que se den invariablemente a través del tiempo. La duración de los contratos, por ejemplo, seguramente se va a adaptar al juego que quiera seguir la autoridad en su implementación de políticas activistas; así, una política consistentemente expansiva implicará tanto una reducción en la duración de los contratos como otras modificaciones que reflejen la correcta percepción de los agentes res-

pecto de la política de la autoridad (¿quizás cláusulas de indexación?). También algo semejante se puede decir de una eventual ventaja en términos de información que pudiera tener la autoridad. Si la política de ésta es claramente activista, será muy rentable para los agentes adquirir la próxima medida, con lo que se dedicarán mayores recursos a la consecución y procesamiento de más información, y así la brecha entre autoridad y otros agentes tiende a reducirse, disminuyendo la efectividad de las políticas activistas.

Este tipo de consideración refleja el hecho de que modelos como el mencionado presenten, al igual que aquellos de la Síntesis Neoclásica, problemas de consistencia interna: los modelos microeconómicos que fundamentan los supuestos de precios rígidos o de ventaja informativa de la autoridad no se consideran explícitamente como parte de la estructura de un modelo más general, de manera que tampoco se toma en cuenta los efectos de políticas diseñadas en base al modelo macro, sobre esa estructura.³⁴

El problema de la consistencia puede salvarse en mejor forma en modelos explícitamente de desequilibrio, a la Benassy (1982) o Malinvaud (1977), pero, como hemos dicho antes, existe en ellos el problema de la no explicitación del juego que lleva a la regla ad hoc de ajuste de precios y cantidades en desequilibrio.

Alternativamente, como lo hacen los del campo nuevo clásico, el concepto de expectativas racionales puede tomarse en su acepción más microeconómica, en la línea sugerida por Muth (1961) o tal como se insinuaba en los primeros párrafos de esta subsección. En esta postura, de la partida se abandona el esquema de Arrow-Debreu al reconocerse implícitamente la ausencia de mercados completos: es prácticamente imposible asegurarse o comprar "contingency claims" contra todos los estados de la naturaleza posibles. El razonamiento deviene luego en que, dependiendo de cuál sea la posición de un agente en un determinado mercado (trabajador, firma, consumidor), tendrá mejor acceso a cierta información que a otra, lo que sería directo resultado de un análisis de costo-beneficio (respecto de la información) por parte del agente. Para operacionalizar esta idea, Lucas planteó su muy famosa "parabola de las islas", donde básicamente cada isla podría ser un mercado; los agentes que participan en ese mercado tienen información completa sobre él, pero información incompleta de lo que sucede en el resto de las islas. De ahí que un shock nominal/monetario generado por la autoridad puede ser tomado por un shock real por parte de los agentes y llevarlos a cambiar sus esquemas de producción y/o consumo. Como la información sobre el shock nominal, una vez ocurrido, termina por incorporarse en los conjuntos de información de los agentes, éstos reajustarán sus decisiones óptimas, desdiciendo el efecto del shock.

Una de las críticas que se hace a esta operacionalización del concepto de expectativas racionales es que el tipo de no neutralidad de políticas macro que genera sólo podría explicar una pequeña parte de las fluctuaciones tan altamente correlacionadas de series como producto, empleo y otras. La Gran Depresión de los años treinta sólo podría entenderse, arguyen los críticos, como el resultado de un "... ataque severo de fiebre contagiosa."³⁵ La respuesta, como lo plantean Lucas y Sargent (1981), es que la crítica no distingue entre las fuentes de los impulsos y los mecanismos de propagación. Así, si bien los impulsos o shocks de demanda agregada se suponen no correlacionados seriamente, existen mecanismos de propagación (derivados de costos de ajuste de capital y trabajo en las firmas, de la acumulación óptima de activos por parte de los hogares, o de los procesos de búsqueda de empleo o de trabajadores) "...que convierten esos impulsos en movimientos seriamente correlacionados en variables reales como el producto y el empleo."³⁶

Más recientemente, los nuevos economistas clásicos han tendido a desestimar la crítica anterior sobre la base de una creencia de que gran parte de las fluctuaciones económicas (especialmente en las series reales) se debe efectivamente a shocks reales, antes que a

shocks generados por la autoridad. Así, por ejemplo, parte de la Gran Depresión se debería a una caída violenta de la intermediación financiera, lo que sería un shock negativo a la función de producción agregada.

Por último, la parábola de las islas tampoco logra escapar totalmente al problema de consistencia interna. En efecto, poco se ha investigado hasta hoy las consecuencias que podrían tener diferentes políticas activistas sobre la movilidad y comunicación entre las islas o mercados, elementos que normalmente se suponen como dados. En otras palabras, puede plantearse que la operacionalización de Lucas del concepto de expectativas racionales no es todavía un modelo estructural. Tal parece que en materia de consistencia interna no sólo los keynesianos tienen trabajo por delante.

IV. Hacia el futuro

En las secciones anteriores se ha tratado de presentar los rasgos más relevantes en la discusión actual sobre teoría macroeconómica. Tres elementos aparecen como centrales respecto de la orientación que a nuestro juicio debiera tomar el estudio de la macroeconomía. En primer lugar, es preciso respetar la consistencia lógica de los modelos, tendiendo hacia representaciones generales de la economía que no descuiden la armonía entre sus partes. Si aceptamos usar el método deductivo, operacionalizado a través de modelos matemáticos, hagámoslo bien y no a medias. Por ejemplo, no se pueden separar decisiones de consumo/ahorro de las demandas de activos, incluyendo el dinero. Hay que evitar, también por ejemplo, modelar a las firmas demandando sólo trabajo para concentrarnos en el "corto plazo" y a renglón seguido hablar de la importancia de la inversión en las fluctuaciones económicas, también de corto plazo. Y hay muchos más ejemplos de lo que hay que superar en aras de la consistencia. Esta, claro, no es un fin en sí misma, sino que es un elemento necesario para que una teoría razonable rinda predicciones plausibles en forma más o menos sostenida en el tiempo.

El segundo elemento, relacionado al primero, es la necesidad de ser explícitos en la modelación macroeconómica de aquellas fallas en el funcionamiento de los mercados que parecen relevantes desde un punto de vista macroeconómico. Por difícil que hoy parezca la tarea, hay que seguir intentando descubrir las razones de la existencia de contratos laborales, o entender la importancia del "moral hazard" en la intermediación financiera, por citar sólo dos ejemplos importantes al funcionamiento agregado de la economía. Dichos estudios deberían permitir apreciar el grado en que esas fallas de mercado se afectan según sea el tipo de política macroeconómica seguida por la autoridad.

Por último, el tercer elemento central apunta a la necesidad de entender la macroeconomía en forma dinámica. Por mucho tiempo hemos estado hablando de tasas de interés, de inflación, de ahorro, de inversión, de ciclo de actividad económica, sin ser explícitos respecto de la dimensión temporal de todas esas variables. Al contrario, hasta hace pocos años, la tendencia fue examinar los efectos sobre ellas de un cambio en una variable de control desde un punto de vista de estática comparativa. Hoy, en cambio, se reconoce que esas variables responden a la interacción de procesos de optimización intertemporales de parte de agentes económicos. Las discrepancias entre los teoricos de la macroeconomía radican ahora en el diseño de las restricciones que enfrentan esos agentes en sus esfuerzos optimizadores y en el mecanismo supuesto para los ajustes de precios y cantidades a través del tiempo.

En esta sección, nos parece apropiado mirar un poco la evolución futura de la macroeconomía desde la perspectiva de un país en desarrollo como el nuestro. Para no extendernos en un tópico que daría para un artículo aparte, querremos simplemente proponer

algunos de los grandes temas que deberian ocupar un lugar preponderante en la agenda de investigación en macroeconomía en nuestros centros intelectuales. Como gran parte de la discusión macroeconómica se centra en la habilidad de la autoridad estatal para afectar el comportamiento agregado de la economía, parece indispensable primero hacer algunos alcances respecto al concepto de intervención de la autoridad.

IV. 1. Intervención macroeconómica e intervención sectorial

La nueva teoría clásica en macroeconomía tiende a asociarse a posiciones libremercantistas, en el sentido que, al reducir la efectividad de las políticas macroeconómicas a sólo aquellos casos en que los agentes son sorprendidos por la autoridad, tiende a propiciar el diseño de reglas conocidas y estables y, por tanto, el ajuste por sí mismo de la economía ante shocks no previstos. En otras palabras, se aconseja la no intervención macroeconómica de la autoridad en el funcionamiento agregado de los mercados. Ha ayudado a esta asociación la alta correlación existente entre ser partidario de la nueva teoría clásica y ser partidario en general de toda una filosofía pro no intervención estatal a cualquier nivel, hecho por lo demás que no debe extrañar, puesto que el desarrollo de la nueva teoría clásica tiene lugar predominantemente en centros intelectuales de corte liberal³⁷.

Sin embargo, como está implícito en el párrafo anterior, los argumentos esgrimidos para justificar una mínima o nula intervención de la autoridad en el manejo de la actividad económica no son ni necesarios ni suficientes para justificar un funcionamiento estatal en mercados o sectores específicos, donde alguna fricción al funcionamiento por efecto de ese mercado o sector puede ameritar la participación de la autoridad. Puesto de otra forma, al menos en un terreno lógico, ambos conceptos de intervención pueden perfectamente dissociarse: al mismo tiempo que uno propicia que las políticas fiscales y monetarias (o cambiaría si es el caso) se manejen de acuerdo a reglas claras y conocidas, también se puede estar auspiciando un fuerte control antimonopolios, una estricta regulación del sector financiero, cooperación entre gobierno y sector privado para elaborar estrategias de exportación, inversiones públicas en infraestructura, etc.

Es un tanto más difícil plantear una disociación inversa, es decir, alguien que predica que el Estado debe dejar que los agentes lleguen a acuerdos privados para encarar las fricciones en sectores específicos, y que al mismo tiempo propicie políticas macro anticíclicas porque, digamos, los salarios nominales son relativamente inflexibles. Sólo podría comprenderse una posición, así, si se pensara que la fricción que implica la rigidez de salarios no puede resolverse privadamente y tampoco con intervención estatal directa en los mercados laborales. Una política anticíclica podría, entonces, verse como una segunda mejor opción.

En cualquier caso, la separación entre distintos niveles de intervención estatal parece importante cuando se trata de interpretar el estado actual de la macroeconomía desde una perspectiva de país en desarrollo, donde las fricciones a que hemos hecho mención tienden a ser más acentuadas. Es claro, también, que en estos países tal separación se tiende a enturbiar muy fácilmente cuando se confunden los propósitos de las políticas de la autoridad. Así, la intervención sectorial puede demandar un monto de recursos significativo, de manera que su financiamiento altere la política monetaria y/o de endeudamiento interno o externo. O bien, un programa de inversiones públicas en infraestructura puede mirarse como una política fiscal expansiva si el financiamiento es a través de emisión de deuda. Conviene, entonces, definir políticas macroeconómicas activistas como aquellas que, ante la presencia de shocks exógenos, intentan preservar a la economía en una situación de bajo desempleo y ojalá también relativa estabilidad de precios. El diseño de estas

políticas variará dependiendo de si los shocks se perciben como transitorios o permanentes, acordando que ellas son más sensibles cuando los shocks se perciben como transitorios.

IV. 2. Algunos de los grandes temas

Un primer tema debería ser la relación entre políticas macroeconómicas activistas e "instituciones" y "estructuras". En economías en desarrollo se hace mucho caudal de la presencia de elementos estructurales e institucionales que impiden el buen funcionamiento de los mercados. Pero poco se sabe de las razones de esos elementos y de sus relaciones con el comportamiento de la autoridad respecto del ciclo económico. Un buen ejemplo de esto es la existencia de indexación salarial (o, en general, de cualquier indexación): ¿responde ella a un acuerdo implícito entre empresarios y trabajadores en orden a sacrificar estabilidad de empleo por estabilidad de ingresos reales, cuando se percibe que la autoridad está inflando la economía?; ¿cómo interactúan las políticas activistas y de intervención sectorial, como cambios en la legislación laboral o la presencia del Estado como empleador, para afectar la intensidad del fenómeno indexación? Otro ejemplo podría ser el sistema financiero: ¿cuánto de su aparente inestabilidad es asociable al tipo de políticas anticíclicas perseguida por el gobierno y cuánto a la falta de una intervención sectorial apropiada?

Un segundo tema podría ser cómo se relacionan el tipo de política anticíclica perseguida con reformas importantes a la estructura de precios relativos o con cambios de ésta debido a shocks reales de carácter más o menos permanente. Por ejemplo, si el gobierno se embarca en un programa intensivo de rebajas arancelarias, lo que genera desempleo "estructural" (mientras se absorben los costos de ajuste de la transición), ¿tendría un aumento en el gasto agregado, generado por la autoridad, a retardar el ajuste? ¿se evalúa dicho aspecto al momento de decidir sobre la intensidad y rapidez de la reforma? Por su puesto, este tipo de problemas envuelve fuertes elementos normativos, como siempre que se lleva a cabo una reforma⁹ o que la economía es afectada por un shock permanente. En este último caso, a veces la magnitud de los ajustes requeridos de precios (especialmente salarios) puede ser tan significativa que una política anticíclica puede ser una segunda mejor opción; piénsese por ejemplo en un shock negativo que, sin intervención, tendería a llevar los salarios reales a niveles inferiores a los de algún estándar mínimo de subsistencia, o si los racionamientos por cantidades juegan un rol, a una combinación normativamente "insostenible" de alto desempleo y bajos salarios reales.

Un tercer tema tendría que girar en torno a la credibilidad y estabilidad de los compromisos que tome la autoridad en cuanto al manejo de su política macroeconómica. Para que una política tenga credibilidad y sea estable tiene que cumplirse que las condiciones objetivas de la economía son tales que la política propuesta sea comprendida como una apropiada para enfrentar el supuesto problema. Esto significa que las pérdidas asociadas a tal política sean suficientemente pequeñas y localizadas en algún grupo social con poder insuficiente para bloquearla. Otro elemento importante es la consistencia en el tiempo de los compromisos de la autoridad; es muy difícil lograr credibilidad si se anuncia una política y a la primera oportunidad de testear esa política (una crisis, por ejemplo) se cede ante presiones de grupos sociales y no se cumple lo anunciado. El comportamiento de los agentes al insinuarse la siguiente crisis ya no será igual, esperando ahora nuevas concesiones. Naturalmente este juego puede tener consecuencias perversas y tender a agravar la crisis. Uno puede entonces preguntarse: ¿cuánto de la resistencia de los precios a ajustarse ante shocks, y por tanto de la persistencia de fenómenos como el desempleo o el

"rolling-over" de deudas, se debe al juego de acciones y reacciones, reales y percibidas, entre gobierno y los demás agentes económicos?

Un cuarto tema propuesto sería un análisis de bienestar de los efectos de distintas políticas macroeconómicas. En macroeconomía normalmente se ha supuesto que la maximización de bienestar social es equivalente a la simultánea consecución de pleno empleo y estabilidad de precios. Actualmente, sin embargo, cuando la construcción de modelos macro se tiende a basar explícitamente en procesos de optimización de agentes racionales, es mucho más factible visualizar que los trade-offs que enfrenta la autoridad son entre el bienestar de un(los) grupo(s) en desmedro de otro(s), en lugar de ser entre inflación y desempleo. Sería así interesante ver cómo se afecta el bienestar de los distintos grupos cuando la autoridad diseña sus políticas macro con el trade-off inflación/desempleo en mente.

Estudios de esa naturaleza permitirían también poner la discusión en torno a la distribución del ingreso —es decir, los efectos que tienen sobre ella distintas políticas macro— en una perspectiva de teoría del bienestar. Es difícil encontrar en este contexto lo que podríamos llamar Pareto-óptimos (como lo es siempre que hay violaciones al esquema Arrow-Debreu), de manera que puede hacerse necesario usar criterios alternativos o simplemente describir el conjunto factible y sus consecuencias sobre los bienestar individuales.

Por último, aunque no propiamente un tema, no hay que olvidarse del hecho que nuestras economías tienden a ser abiertas al comercio internacional y muy dependientes del ahorro externo. En algún sentido, estos rasgos a veces son tan acentuados que implican un reconocimiento explícito de ellos aun en el tratamiento de temas tan generales como los propuestos en los párrafos precedentes.

NOTAS

- 1 Véase Sherman y Evans (1984).
- 2 Los ciclos de Schumpeter eran de alrededor de 30 años cada fase, asociándose cada expansión con grandes inventos, como el automóvil o el ferrocarril. Véase Schumpeter (1939).
- 3 Véase Sherman y Evans (1984).
- 4 "Equilibrio" Keynesiano en su versión más simple, donde ahorro = inversión.
- 5 Leontief (1965) y Tobin (1965) plantean que Keynes quería consistentemente crear una subteoría completamente diferente, con sus propios postulados. Esto se menciona en Lucas y Sargent (1981).
- 6 W. W. Heller (1967).
- 7 Estos modelos se conocen como de desequilibrio. Véase Barro y Grossman (1976), Malinvaud (1977) y Benassy (1982).
- 8 Fischer (1977), M. N. Bailey (1974) y Azariadis (1975).
- 9 Precio relativo definido como nivel de precios efectivo vs. nivel de precios esperado o percibido.
- 10 Véase por ejemplo Taylor (1979) y Solow (1980), entre otros.
- 11 Los trabajos pioneros en esta parábola de la información limitada son Phelps (1970) y Lucas (1972, 1975).
- 12 Al menos en la tradición anglosajona, que parece ser la intelectualmente dominante en economía. Joan Robinson llamaba Keynesianos "bastardos" a quienes, según ella, habían malinterpretado a Keynes (los neokeynesianos). Véase Sherman y Evans (1984).
- 13 Robert Kuttner (1985) plantea un punto de discórdia cuando dice: "Los aprendices de economía... (como resultado del uso del método deductivo)... no necesitan estudiar mucho acerca de las complejidades de la motivación humana, el desordenado universo de instituciones económicas,

- o la dinámica real del cambio tecnológico. En economía, la deducción reemplaza al empiricismo... los departamentos de economía están graduando una generación de 'idiotas savants', brillantes en matemáticas esotéricas pero inocentes de la vida económica real".
- 15 Al respecto, Lucas (1980) dice: "Cualquier modelo que es suficientemente bien articulado como para dar respuestas claras a las preguntas... (económicas)... que se le plantean, necesariamente será artificial, abstracto, irreal... Al mismo tiempo, no todo modelo bien estructurado es útil... Mientras mayor es el número de dimensiones en las que el modelo imita las respuestas que dan economías reales a preguntas simples, mayor es la confianza que tendemos en las respuestas de ese modelo a preguntas más complejas. Es en este sentido en que claramente se prefiere más 'realismo' en un modelo".
- 16 Véase Kuttner (1985).
- 17 Un ejemplo claro es el dilema del prisionero, donde las soluciones no cooperativas son inferiores para el conjunto de individuos.
- 18 Para una interesante discusión sobre el tema, véase Coleman (1984) y Hirschman (1984).
- 19 El número de macromercados, así como el de las ecuaciones de comportamiento que se racionalizan, puede ser bastante mayor a dos o tres. Es este el caso de los grandes modelos econométricos, cuyo grado de desagregación les hace a veces sobrepasar las docenas de ecuaciones.
- 20 El término es de Neil Wallace. Véase Kareken y Wallace (1980) y Bryant y Wallace (1979).
- 21 Nótese que la dependencia de la distribución de retornos respecto del régimen de políticas perfectamente puede explicarse por qué empíricamente se encuentran, en diversas oportunidades, demandas inestables de activos, respecto de retornos medios (y riqueza e ingreso).
- 22 Kareken y Wallace (1980).
- 23 Al menos monetarista en el sentido de una LM vertical, en el contexto de la Síntesis Neoclásica.
- 24 Esta es básicamente la postura de Barro y Grossman (1976), Malinvaud (1977) y Benassy (1982), entre otros.
- 25 Véase Wallace (1980).
- 26 Esta es una introducción de "parámetros libres" en el lenguaje de Lucas (1980), de la misma naturaleza que una curva de Phillips en la Síntesis Neoclásica.
- 27 Véase, por ejemplo, en el campo keynesiano a Okun (1981) y Perry (1984).
- 28 Perry (1984).
- 29 Este es el término que se asocia a las "etiquetas" de Okun (1981).
- 30 La traducción no es exactamente literal.
- 31 Véase Wallace (1980).
- 32 Si la información fuera completa y gratis, las expectativas serían perfectas.
- 33 Sargent y Wallace (1975, 1976).
- 34 Cursivamente, la idea adoptada por los nuevos keynesianos de modelar las expectativas racionales simplemente alterando algo un modelo macro tradicional, de manera que sea ese modelo "el" conjunto de información relevante, fue primero expuesta por Sargent y Wallace (1975, 1976). Esto ocurrió a pesar de las advertencias de esos autores en aquellos artículos, respecto de su desconfianza en los modelos macro tradicionales. En trabajos más recientes, ambos autores reiteran sostenidamente que esa innovación metodológica no era su intención primaria; al contrario, plantean que "... sería un gran error pensar que uno alcanza consistencia general tomando algún modelo macro tradicional y alterándolo en la forma sugerida en Sargent y Wallace (1975)". (Véase Wallace (1980)).
- 35 Modigliani (1977), citado por Lucas y Sargent (1981).
- 36 Lucas y Sargent (1981).
- 37 Liberal en el sentido económico, tal como entendemos a toda la tradición iniciada por Adam Smith.
- 38 Nótese que éste es un caso en que reformas sectoriales son de tal magnitud que afectan significativamente el nivel de actividad global de la economía y, por tanto, entran en el terreno de la política sobre las políticas anticíclicas.
- 39 Por ejemplo, la distribución del costo de la reforma o las consecuencias del desempleo.

REFERENCIAS

- ANDO, A. y MODIGLIANI, F. (1963): "The Life-Cycle Hypothesis of Saving: Aggregate Implications and Test," *American Economic Review*, March.
- AZARIADIS, C. (1975): "On the Incidence of Unemployment", *Review of Economic Studies*, 133.
- BARRO, R. (1984): "Rational Expectations and Macroeconomics in 1984", *American Economic Review*, papers and proceedings, May.
- BARRO, R. y GROSSMAN, H. (1976): *Money, Employment and Inflation*, Cambridge University Press, New York.
- BAILEY, M. N. (1974): "Wages and Employment under Uncertain Demand", *Review of Economic Studies*, January.
- BAUMOL, W. (1952): "The Transactions Demand for Cash: An Inventory Theoretic Approach", *Quarterly Journal of Economics*, November.
- BENASSY, J. P. (1982): *The Economics of Market Disequilibrium*, Academic Press, New York.
- BRYANT, J. y WALLACE, N. (1979): "A Suggestion for Further Simplifying the Theory of Money", *Federal Reserve Bank of Minneapolis Working Paper*.
- COLEMAN, J. (1984): "Introducing Social Structure into Economic Analysis", *American Economic Review*, papers and proceedings, May.
- DUSENBERGER, J. S. (1952): "Income Consumption Relations and their Implications", en M. G. Mueller, ed., *Reading in Macroeconomics*, Holt, Rinehart and Winston, New York, 1971.
- FISCHER, S. (1977): "Long Term Contracts, Rational Expectations, and the Optimal Money Supply Rule", *Journal of Political Economy*, 1.
- FRIEDMAN, M. (1956): "The Quantity Theory of Money: A Restatement", en M. Friedman, ed., *Studies in the Quantity Theory of Money*, University of Chicago Press.
- HELLER, W. W. (1967): *New Dimensions of Political Economy*, Norton, New York.
- HIRSCHMAN, A. O. (1984): "Against Parsimony: Three Easy Ways of Complicating Some Categories of Economic Discourse", *American Economic Review*, papers and proceedings, May.
- JORGENSEN, D. W. (1971): "Econometric Studies of Optimal Investment Decisions", *Journal of Economic Literature*, December.
- KARREKEN, J. y WALLACE N. (1980): *Models of Monetary Economics*. Introduction, Federal Reserve Bank of Minneapolis.
- KEYNES, J. M. (1930): *Treatise on Money*, Harcourt Brace and Co. New York.
- (1936): "The General Theory of Employment, Interest and Money", Macmillan, London.
- KUTTNER, R. (1985): "The Poverty of Economics", *The Atlantic Monthly*, February.
- LEONTIER, W. (1965): "Postulates: Keynes' General Theory and the Classists", en S. Harris, ed., *The New Economics: Keynes' Influence on Theory and Public Policy*, Kelley, N.J.
- LUCAS, R. E. (1972): "Expectations and the Neutrality of Money", *Journal of Economic Theory*, April.
- (1975): "An Equilibrium Model of the Business Cycle", *Journal of Political Economy*, December.
- (1980): "Methods and Problems in Business Cycle Theory", *Journal of Money, Credit, and Banking*, November.
- LUCAS, R. E. y SARGENT, T. (1981): "After Keynesian Macroeconomics", en R. Lucas y T. Sargent, eds., *Rational Expectations and Economic Practice*, University of Minnesota Press, Minneapolis.
- MALINVAUD, E. (1977): *The Theory of Unemployment Reconsidered*, Wiley, New York.
- MINSKY, H. (1977): "A Theory of Systemic Fragility", en E. Altman y A. Sarnetz, eds., *Financial Crisis*, Wiley, New York.
- MITCHELL, W. (1913): *Business Cycles*, University of California Press, Berkeley, California.
- MODIGLIANI, F. (1977): "The Monetarist Controversy or Should We Forfeit Stabilization Policies?", *American Economic Review*, March.
- MUTH, J. (1961): "Rational Expectations and the Theory of Price Movements", *Econometrica*, July.
- OKUN, A. (1981): *Prices and Quantities: A Macroeconomic Analysis*, Washington, The Brookings Institution.
- PERRY, G. (1984): "Reflections on Macroeconomics", *American Economic Review*, papers and proceedings, May.
- PHILLIPS, E. (1970): *Microeconomic Foundations of Employment and Inflation Theory*, Norton, New York.

- SAMUELSON, P. (1947): *Foundations of Economic Analysis*, Harvard University Press, Cambridge.
- SARGENT, T. y WALLACE, N. (1975): "Rational Expectations, The Optimal Monetary Instrument, and the Optimal Money Supply Rule", *Journal of Political Economy*, April.
- (1976): "Rational Expectations and The Theory of Economic Policy", *Journal of Monetary Economics*, Vol. 2.
- SCHUMPFER, J. (1939): *Business Cycles: A Theoretical, Historical, and Statistical Analysis of the Capitalist Process*, McGraw-Hill, New York.
- SHERMAN, H. y EVANS, G. (1984): *Macroeconomics*, Harper and Row, New York.
- SOLOW, R. (1980): "What to Do (Macroeconomically) When OPEC Comes", en S. Fischer, ed., *Rational Expectations and Economic Policy*, NBER, Chicago.
- TAYLOR, J. (1979): "Staggered Wage Setting in a Macro Model", *American Economic Review*, paper and proceedings, May.
- TOBIN, J. (1958): "Liquidity Preference as Behavior Towards Risk", *Review of Economic Studies*, February.
- (1965): "Money Wage Rates and Employment", en S. Harris, *op. cit.*
- WALLACE, N. (1980): "What to Do (Macroeconomically) When OPEC Comes: Comment", en S. Fischer, *op. cit.*

CONTRIBUCIONES

Los autores que deseen enviar manuscritos para su publicación deben tener presente que: Se requieren tres (3) copias del artículo. Los manuscritos deben ser mecanografiados a doble espacio en hojas tamaño carta. Las notas, referencias, gráficos, cuadros y cualquier otro material ilustrativo deben enviarse en hojas separadas. Los autores, además, deben enviar copias de gráficos y figuras que sean directamente reproducibles en la publicación.

Los trabajos deben ser escritos en castellano o en inglés, y aquellos seleccionados se publicarán en el idioma correspondiente.

Cada manuscrito debe acompañarse de un resumen o "abstract" de no más de cien (100) palabras en inglés.

La página de cubierta deberá incluir el nombre del autor, su afiliación institucional, su dirección y el nombre del trabajo.

Los manuscritos, así como cualquier correspondencia concerniente a Análisis Económico, deben dirigirse a:

Felipe G. Morandé, Editor
Análisis Económico
Departamento de Economía
Universidad de Santiago de Chile
Casilla 4637 - Santiago 2 Chile

SUBMISSION OF PAPERS

Authors wishing to submit a manuscript for possible publication should know:

Three copies of the article are required. Manuscripts should be typewritten, double spaced, on letter size sheets.

Notes, references, figures, tables, and any other illustrative material should be sent on separate sheets.

Manuscripts should be written in Spanish or English and those accepted will be published in the corresponding language.

All manuscripts should be accompanied by an abstract of no more than 100 words.

The cover page should include the author's name, institutional affiliation, and current address, as well as the paper's title.

Manuscripts, as well as any other correspondence, should be addressed to:

Felipe G. Morandé, Editor
Análisis Económico
Departamento de Economía
Universidad de Santiago
P.O. Box 4637
Santiago 2, Chile

SUSCRIPCIONES

El valor de la suscripción anual para 1987 es de US\$ 21 (incluye envío aéreo) para individuos y de US\$ 31 para instituciones (incluye envío aéreo). Los valores para un número suelto son de US\$ 12 y US\$ 21, respectivamente, incluyendo el envío aéreo. El pago debe hacerse en cheque en dólares de Estados Unidos o por medio de una "money order" internacional, pagadero a Departamento de Economía, Universidad de Santiago.

Los valores para individuos e instituciones en Chile son de \$ 1.500 y \$ 2.500 (pesos chilenos), respectivamente, para la suscripción anual, y de \$ 1.000 y \$ 1.600 para números sueltos.

Envíe toda correspondencia relativa a esta materia a Editor, Análisis Económico, Departamento de Economía, Universidad de Santiago, Casilla 4637, Santiago 2, Chile.

SUBSCRIPTIONS

The subscription rates for 1987 (Vol. 2, two issues) are: US\$ 15 for individuals, and US\$ 25 for institutions. Please add US\$ 6 to cover postage (air mail) if located in a country other than Chile. Single copy rates: US\$ 9 for individuals and US\$ 18 for institutions, plus US\$ 3 for postage (countries other than Chile).

Make all remittances payable to Departamento de Economía, Universidad de Santiago, in United States currency. Correspondence should be addressed to Editor, Análisis Económico, Departamento de Economía, Universidad de Santiago, P.O. Box 4637, Santiago 2, Chile.